

hicieron que la alegría pública fuese aún más viva; y en Inglaterra la satisfacción venció al espíritu de denigración. El *Times* puso á sus compatriotas en guardia contra los artificios de Rusia, dispuesta, sin duda, á retener en detalle lo que concedía en masa. Pero el gobierno ruso no retiró ninguna de sus concesiones. Al contrario, se complació en disipar todo equívoco, y, en un artículo del *Diario de San Petersburgo*, precisó de nuevo con la más leal claridad la extensión de sus sacrificios. En 1.º de febrero, un protocolo firmado en Viena consignó el acuerdo de todas las partes. Eran, propiamente hablando, los preliminares de la paz.

IV

París había sido designado como punto de reunión del Congreso que discutiría el tratado definitivo. A mediados de febrero empezaron á llegar los plenipotenciarios. Entre éstos figuraban el Sr. de Brunnow, uno de los moscovitas que mejor conocían las sutilezas del lenguaje diplomático; el conde Orlof, primer plenipotenciario ruso, cargado de años y de dignidades; lord Clarendon, jefe del *Foreign Office*, atento á prevenir una unión demasiado íntima entre franceses y rusos, y á no dejar reducir á cero los frutos ya de sí escasos de la victoria; el conde de Buol, fastuoso como siempre, el cual, de paso, se había detenido en Francfort, sin duda para que el Sr. de Bismarck, ministro prusiano cerca de la Confederación, tuviese tiempo de retratarlo. El jefe del gabinete austriaco manifestó á Bismarck su «ardiente deseo» de que Prusia fuese admitida en el Congreso, y si, á pesar de todos sus esfuerzos, no había de figurar, se podía tener la seguridad de que él defendería los intereses prusianos con tanto calor como los de Austria. Bismarck no dejó de dar cuenta de la entrevista. «Yo quisiera, añadió, ser una hora solamente en mi vida el gran hombre que Buol cree ser todos los días, y mi gloria quedaría para siempre sentada ante Dios y ante los hombres (1).» Quizá el retrato necesite retoques; pero, de todas maneras, parece resultar que el jefe del gabinete de Viena mostraba más optimismo que perspicacia, pues la suerte iba á ponerlo en presencia de Rusia irritada, de Inglaterra medio satisfecha y de Francia más bien cortés que simpática. Para colmo de contrariedad, iba á ver sentado cerca de él, en el congreso, al representante de Cerdeña. El Sr. de Cavour, en efecto, marchaba hacia París, con la modestia propia de una fortuna naciente, silencioso, pero atento á las ocasiones, tan ardiente en reclamar su salario como dispuesta se hallaba Francia á abandonarlo todo, lleno de proyectos graduados que evocaría uno tras otro ó dejaría en la sombra según la benevolencia ó la frialdad de Europa. De todos estos diplomáticos el que menos llamaba la atención era el ministro de la Puerta, Alí Bajá. El imperio otomano, causa primera de la guerra, era relegado al olvido, y los laureles de Silistria se habían marchitado al extremo de no volver á florecer. Al revés del Piamonte, Turquía luchaba, no para ganar, sino para no perder, y todavía era indudable que lo que hoy conservara le sería arrancado á girones en

(1) *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo II, páginas 128-136.

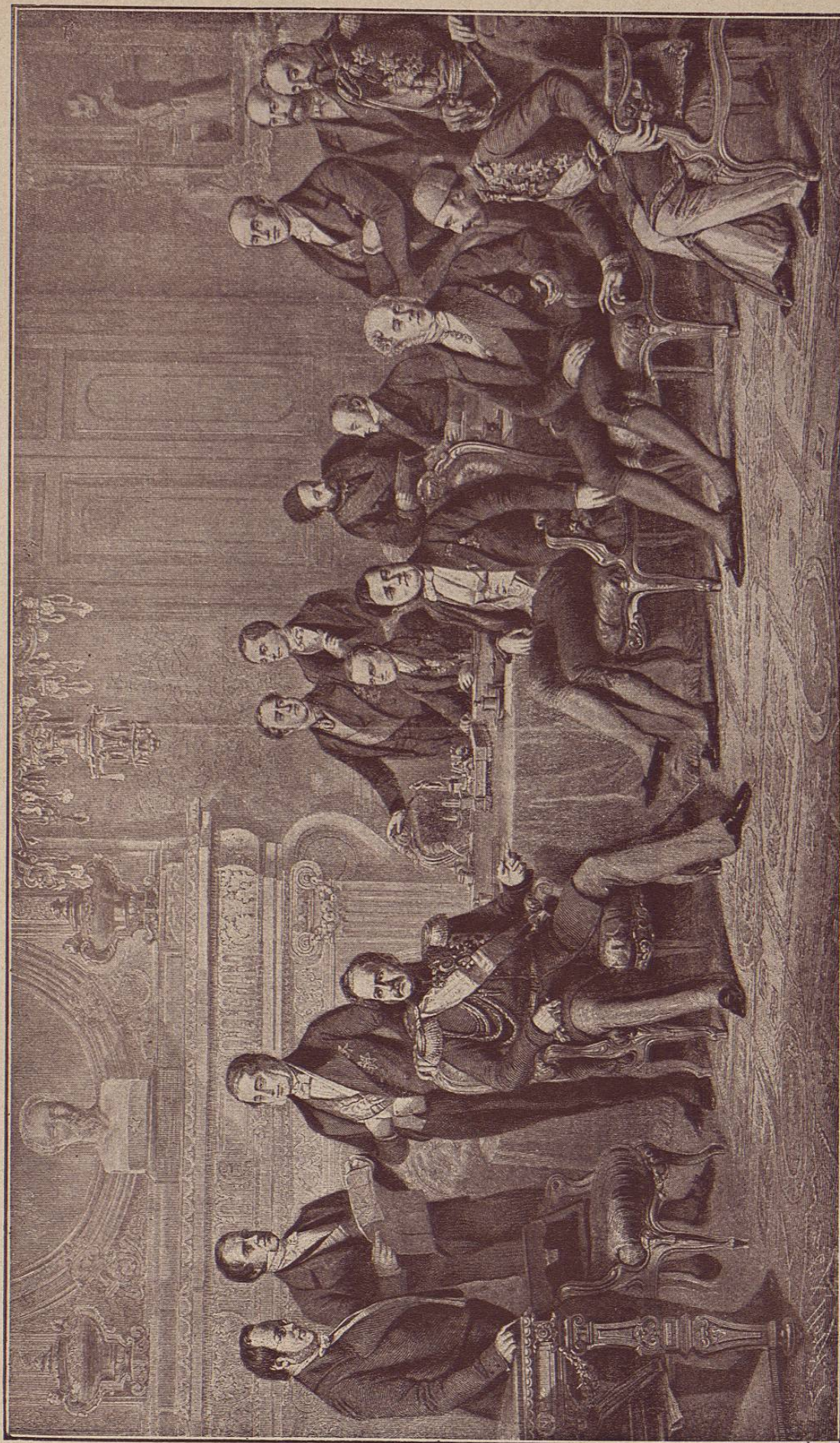
lo futuro. A cada uno de los plenipotenciarios se agregó el embajador ordinario acreditado en París, es decir, por Inglaterra lord Cowley, por Austria el Sr. de Hubner, por Cerdeña el Sr. de Villamarina y por Turquía Mehemed-Djemil-bey. El Sr. Walewski, ministro de Negocios extranjeros, y el Sr. de Bourqueney representaban á Francia. Tal era el personal del congreso.

La primera sesión se verificó el 25 de febrero en el ministerio de Relaciones exteriores. La presidencia fué conferida por unanimidad al Sr. Walewski, y al Sr. Benedetti, director del Negociado político, se confirió la redacción de las actas. En seguida se concluyó un armisticio hasta el 31 de marzo, decisión que fué inmediatamente comunicada á los cuarteles generales. Después de estos preliminares, empezó la discusión.

Las Conferencias de Viena habían fracasado á propósito del régimen del Euxino. Posteriormente, la toma de Sebastopol había destruido en aquellas costas la fuerza naval de Rusia, y nuestros mismos enemigos habían destruido el resto de su flota. Excluir de aquellos mares interiores todos los buques de guerra, á excepción de los barcos ligeros destinados á la protección del comercio, proscribir el restablecimiento de todo arsenal marítimo, era reconocer en principio un estado de cosas que ya existían de hecho. La *neutralización del mar Negro* fué, pues, proclamada sin ninguna objeción de parte de nuestros adversarios. Estos se contentaron con reivindicar en favor del puerto de Nicolaief, abierto en la confluencia del Bug y del Ingul, el derecho de construir los barcos de poco tonelaje destinados á la policía de las costas, y esta pretensión pareció tan legítima que hasta los ingleses la acogieron sin vacilar.

Este primer resultado era de buen augurio para lo demás. La *condición de los cristianos en el Imperio otomano* había sido la primera causa de la guerra, y, naturalmente, había de fijar desde luego la atención del congreso. Anticipándose á la obra de las conferencias, el sultán había concedido ya á cada comunión el libre ejercicio de su culto. Los plenipotenciarios abordaron esta cuestión el 28 de febrero, pero la abandonaron en seguida para no volver á ocuparse de ella hasta el 25 de marzo. Entonces adoptaron la redacción siguiente, que vino á ser el artículo 9.º del tratado: «Habiendo Su Majestad Imperial el Sultán, en su constante solicitud por el bienestar de sus súbditos sin distinción de religión ni de raza, concedido un firmán que, al mejorar la suerte de éstos, consagra igualmente las generosas intenciones del soberano respecto á las poblaciones cristianas de su imperio, y queriendo dar un nuevo testimonio de sus sentimientos acerca de esto, ha determinado comunicar á las potencias contratantes dicho firmán, espontáneamente emanado de su voluntad soberana. Las potencias contratantes reconocen el alto valor de esta comunicación. Queda bien entendido que, en ningún caso, esta misma comunicación puede dar á dichas potencias el derecho de *inmiscuirse, colectiva ó separadamente, en las relaciones de Su Majestad el Sultán con sus súbditos, ni en la administración interior de su imperio.*»

La *cuestión de la navegación del Danubio* fué igualmente resuelta sin debates irritantes. Se convino que, aparte de los reglamentos de policía y de cuarentena,



Cavour Cowley Buol Orlof Bourqueney Hubner Mantenuffel Walewski Djemil Benedetti Clarendon Brunnow Hatzfeldt Villamarina

EL CONGRESO DE PARÍS DE 1856, copia de un cuadro original de Dubalc

no se pondría obstáculo alguno al libre tránsito por el río. Instituyóse una comisión para arreglar los detalles que escapaban á la obra necesariamente general del congreso.

Respecto á los *Principados danubianos*, abolióse el antiguo protectorado ruso y se convino que estos principados gozarían de entera independencia, bajo la soberanía de la Puerta. La Moldavia y la Valaquia ¿serían reunidas? Esta cuestión, tan agitada después, fué suscitada, pero no resuelta: se acordó que una comisión fuese sobre el terreno y propusiese las bases de la organización futura.

La discusión únicamente se animó sobre un punto, y fué á propósito de la *rectificación de frontera* reclamada en Besarabia. La cesión de territorio era insignificante, pero hería en lo vivo el amor propio moscovita. Le dolía á Rusia no confinar con el Danubio en ningún punto de sus límites. En 8 de marzo, el barón Brunnow ofreció renunciar á las islas del Delta y arrasar los fuertes de Ismail y de Kilia-Nova. Esta proposición fué desechada. El trazado convenido partía del mar Negro al Este del lago de Burna-Sola, llegaba á la carretera de Akermán, la seguía hasta el valle de Trajano, pasaba al Sur de Belgrado y subía á lo largo del río Yalpuk hasta el Pruth. En la idea de los aliados, esta revisión de frontera no era más que una compensación equitativa: siendo devueltas todas las conquistas de Crimea, justo era que Rusia consintiese en algunos sacrificios en otra parte. Pero el gobierno de San Petersburgo se había figurado que la restitución de Kars, recién conquistada, dispensaría de todo otro abandono territorial; de aquí un vivo despecho, vivo sobre todo contra Austria, que hablaba más imperiosamente que si hubiese sido victoriosa.

Así transcurrían las sesiones del congreso. Las conferencias eran casi siempre cortas, no se celebraban más que cada dos días, eran interrumpidas por largas conversaciones y sobre todo por muchas fiestas. En las conferencias privadas era donde se descubrían las verdaderas disposiciones. Todos los diplomáticos se esforzaban á porfía en conquistar los sufragios de Napoleón III. Amable y hospitalario con todos, el soberano se inclinaba visiblemente hacia Rusia. Circulaban ciertas frases en que las insinuaciones llegaban hasta la coquetería. «Y bien!, ¿nos concederéis la paz?» afirmábase que dijo el emperador al conde Orlof. «Señor, os la vengo á pedir.» decían que replicó el ruso con espontánea humildad. Esta intimidación tan brusca desconcertaba mucho á los ingleses, que no disimulaban su despecho. Lord Clarendon no se quejaba de Napoleón III, cuya cortés amenidad le encantaba, pero desahogaba su mal humor acusando á los plenipotenciarios rusos de emplear sutilezas de mal género (1). Brunnow se quejaba, á su vez, de las pretensiones inglesas. Por lo que toca á los plenipotenciarios de Austria, su altivez presuntuosa provocaba á veces comentarios severos. «Hablan como si hubiesen conquistado Sebastopol,» hacía observar desdeñosamente el conde Orlof. Mientras se hablaba así en los corrillos, Cavour iba de un lado á otro, hablaba poco y todo lo observaba, sacando partido de todo y buscando en todas partes amigos para su país.

(1) *The Greville Memoirs*, tomo VIII, pág. 24.

Con frecuencia, los diplomáticos se olvidaban de hablar mal unos de otros, para comentar los sucesos de la última campaña. Era la hora de las confidencias, de los pesares, de las miradas retrospectivas. Brunnow recordaba las famosas insinuaciones de Nicolás á sir Hamilton Seymour, y deploraba que los informes poco circunspectos de este agente hubiesen enconado las cosas. Escuchábase sobre todo con interés al conde Orlof, que refería todos los detalles de la misión Menschikof: no vacilaba en calificarla de insensata, añadiendo que se hubiera evitado la guerra si el zar hubiese elegido otro mensajero de sus órdenes.

Del 14 al 18 de marzo no se celebró conferencia alguna. La atención general estaba puesta en un acontecimiento considerable. Aunque llevaba ya tres años de matrimonio, el emperador no tenía heredero. La expectación pública había recibido una decepción. Por fin, en octubre de 1855, el *Monitor* había anunciado que la emperatriz estaba encinta. En la noche del 14 al 15 de marzo, los dolores de parto empezaron y se prolongaron bastante tiempo para inspirar algún cuidado. El 16 de marzo resonó el cañón de los Inválidos. La población parisiense contó ansiosamente las salvas: veintitún cañonazos por una hija, ciento y uno por un hijo. Como las detonaciones continuasen, la alegría estalló, grande, espontánea, no sólo entre los bonapartistas, sino entre todos los amigos de la tranquilidad pública. Un príncipe imperial significaba la perpetuidad del imperio asegurada, y significaba también la exclusión del príncipe Napoleón del trono. La Providencia colmaba á Napoleón III de todos los favores á la vez. Tenía la victoria, la paz, un hijo, y en aquel momento ¡ay! tan fagaz, era digno de tales beneficios por su moderación y su bondad. En este punto culminante de su fortuna parece que el antiguo desterrado de Arenemberg, el antiguo prisionero de Ham tuvo como una corta visión de los destinos de su raza. Mientras las aclamaciones del país saludaban al niño á quien muchos llamaban *el hijo de Francia* en recuerdo del antiguo régimen, el emperador contestaba á las felicitaciones del Cuerpo legislativo con estas modestas y melancólicas palabras: «Las aclamaciones unánimes que rodean la cuna de mi hijo no impiden reflexionar sobre el destino de los que nacieron en el mismo sitio y en circunstancias análogas. Si espero que su suerte será más feliz, es que, desde luego, confiando en la Providencia, no puedo dudar de su protección viéndola levantar de nuevo, por un concurso de circunstancias extraordinarias, todo lo que había tenido á bien abatir, hace cuarenta años. Además la historia tiene enseñanzas que yo no olvidaré. Por una parte me dice que no hay que abusar de los favores de la fortuna; y me dice, por otra parte, que ninguna dinastía tiene probabilidades de estabilidad si no permanece fiel á su origen, ocupándose únicamente de los intereses populares para los cuales fué creada.»

Al reanudar, en 18 de marzo, sus interrumpidas sesiones, el congreso contaba dos miembros más. Como Prusia no había tomado parte en la guerra ni había siquiera accedido, como Austria, al tratado del 2 de diciembre, pareció desde luego imposible admitirla en las estipulaciones de la paz. Inglaterra, muy resentida de su defección, contribuyó más que ninguna otra potencia á excluirla. La misma Rusia, á pesar de sus protes-

tas aparentes, se alegraba de que Federico Guillermo, desprovisto de toda otra alianza, permaneciese como aprisionado bajo la protección del zar. En su universal generosidad, Napoleón supo evitar esta humillación al monarca prusiano. Prusia había concurrido, en 1841, al convenio relativo al cierre de los Dardanelos; como el examen de este convenio se hallaba comprendido en el programa de las conferencias, el Sr. Walewski, en la sesión del 28 de febrero, propuso á sus colegas que se mandase una invitación á Berlín para este objeto especial. La invitación partió el 10 de marzo y fué aceptada en seguida. En 16 de marzo, el Sr. de Manteuffel, primer ministro del rey Federico Guillermo, llegó á París, y, acompañado del Sr. de Hatzfeld, se sentó, dos días después, á la mesa del congreso. Recibido con alguna frialdad por sus colegas, el Sr. de Manteuffel vióse compensado grandemente por la cortés hospitalidad del emperador. Empleáronse todos los medios oportunos para borrar toda huella de la exclusión de que había sido objeto. Le fueron comunicados todos los protocolos. Tomó parte en todas las reuniones hasta la clausura del congreso. No sólo figuró en el acta que confirmó el convenio de los estrechos, sino que también firmó el tratado general de paz.

El 30 de marzo, después de una sesión aparatosa consagrada á las firmas, los plenipotenciarios fueron á las Tullerías con el objeto de ofrecer sus respetos á Napoleón III y anunciarle el coronamiento feliz de su obra. Fuese por casualidad ó fuese por cálculo, hacía cuarenta y dos años, día por día, que los ejércitos aliados habían hecho su aparición en las alturas de Montmartre. El emperador triunfó modestamente, dió las gracias á los plenipotenciarios y formuló la esperanza de una concordia duradera. Felicítose, sobre todo, de que la paz no imponía ninguna humillación á Rusia. ¡No humillar á Rusia! Tal era, efectivamente, en aquel momento, la idea fija de Napoleón III. Fuese por cansancio de la lucha, fuese por magnanimidad natural, fuese por deseo de una alianza íntima, llevaba su deseo de favorecer á su adversario al extremo de borrar él mismo todas las huellas, demasiado visibles, de sus victorias. Poco tiempo después, uno de los plenipotenciarios del congreso, el Sr. de Bourqueney, decía al Sr. de Beust: «Cuando lee uno el tratado del 30 de marzo, ninguna señal aparente revela quién es el vencedor y quién el vencido (1).»

V

Para los diplomáticos la costumbre es una religión, y una religión que á menudo ocupa en ellos el puesto de todas las otras. De todas las costumbres consagradas por la tradición, una de las más venerables consiste en no darse nunca prisa y en amenizar el trabajo con muchas diversiones. Los plenipotenciarios del congreso se habían reunido con lentitud; continuaron su obra lentamente, y lentamente leyeron una y otra vez los artículos del tratado, los comprobaron, pesaron las palabras y hasta la puntuación. Quizá hubieran prescindido de aquel solemne formalismo si hubiesen podido ver los desastres que cada día de retraso ocasionaba.

Con los combates no habían terminado los sufrimien-

(1) M. de Beust, *Mémoires*, tomo I, pág. 280.

tos del ejército de Crimea. Después de un otoño relativamente hermoso, la temperatura había bajado de pronto. El frío se hizo tan intenso que el termómetro bajó en algunos puntos hasta 24 grados centígrados. El abrigo que ofrecían las tiendas era insuficiente. Los veteranos estaban gastados por la fatiga, y los bisoños mal aguerridos contra tan ruda existencia. Durante el año anterior, las peripecias de la lucha habían mantenido una saludable excitación. Con la caída de Sebastopol se había extinguido aquella fiebre y en todo el mundo dominaba un deseo único, el de volver á su hogar. Alojados en barracas bien cerradas, provistos de víveres en abundancia, escrupulosamente sujetos á todas las prescripciones de la higiene, los ingleses soportaban sin pérdidas notables los rigores de la estación, y este segundo invierno fué para ellos la revancha del primero. La suerte de los nuestros fué muy distinta. A partir del mes de diciembre, el escorbuto, la disentería y las afecciones del pecho llevaron un extraordinario número de enfermos á las ambulancias. Pero estos males fueron nada en comparación con otro más terrible, el tífus. A los primeros síntomas, se quiso dudar; pero pronto hubo necesidad de rendirse á la evidencia. Era aquel mismo tífus de los ejércitos que, en 1813, después de la derrota de Leipzig, se declaró en los hospitales á orillas del Rhin, haciendo tantas víctimas. La epidemia determinó en diciembre 323 defunciones, en enero 464, en febrero 1.435 y en marzo 1.830; después disminuyó rápidamente. El número de atacados de tífus que sucumbieron ascendió, en Crimea, á 4.052, y su cifra total fué de 5.689 si se cuentan los evacuados que expiraron en Constantinopla (2). La estadística es aún más dolorosa si á los estragos del tífus se añaden los de las demás enfermedades. Durante aquel funesto invierno entraron en los hospitales de Crimea más de 47.000 hombres, de los cuales murieron cerca de 9.000 (3).

La epidemia empezaba á decrecer, y los primeros verdores de la primavera reanimaban un poco los tristes vivaques, cuando llegó á los campamentos (1.º de abril) la noticia del tratado definitivo. Los días siguientes fueron consagrados á fiestas, revistas y recompensas. Ingleses y franceses cambiaron condecoraciones y medallas. Mientras en París el emperador elevaba á la dignidad de mariscal á los generales Canrobert y Bosquet, que habían regresado á Francia hacía tiempo, el comandante en jefe distribuía cruces y concedía grados que nunca fueron más justos. Nada se oponía ya á que rusos y franceses hicieran suceder á los rigores de la guerra los testimonios de su mutua cortesía. En las alturas de Mackenzie, el general Luders, que había reemplazado al príncipe Gortchakof, dió á sus enemigos de ayer el espectáculo de una revista. A estas atenciones los aliados correspondieron de pronto con un brillante *carrousel*; después, en una grandiosa fiesta militar, desplegaron ante el general en jefe ruso los batallones más vistosos de su ejército. Cada cual se apresuraba á recorrer por última vez los remotos parajes que sin duda no volvería á ver. Unos cruzaban por entre las ruinas de Sebastopol, gigantesco montón de escombros en que

(2) Cuadro estadístico del Dr. Scrive, médico inspector del servicio de sanidad de los ejércitos (*Statistique médico-chirurgicale de l'armée de Crimée*, págs. 278 y 346).

(3) Scrive, pág. 280.

nada subsistía, pues los aliados, pocos días antes del armisticio, habían volado los docks, el fuerte Nicolás y el fuerte Alejandro, consumando así las destrucciones. Otros iban á Kamiesch, extraña ciudad nacida de la guerra y destinada á desaparecer con ella: allí se agitaban mercaderes de todo origen, judíos, griegos, levantinos, etc., únicos á quienes desconcertaba la paz, porque habían hecho grandes acopios y no se consolaban de ver agotada la fuente de sus beneficios. Otros, antes de partir, tomaban al lápiz apuntes de los sitios en que habían vivido, combatido y sufrido tanto. Muchos se ocupaban en recoger armas, cascos de proyectiles, recuerdos de toda clase, modestos trofeos que iban á adornar su casa como testimonios de su vida militar. Un piadoso celo conducía sobre todo muchos hombres á visitar los cementerios: nadie contemplaba sin emoción aquellos sagrados recintos agrandados, y anublaba la alegría del regreso el recuerdo de los que la tierra de Quersoneso guardaría para siempre.

Mientras tanto, la marina desplegaba todos sus recursos para embarcar hombres, caballos y material. La tarea era tan penosa y difícil como ingrata. Se tuvo que renunciar á transportar los caballos, la mayor parte de los cuales fueron vendidos en Turquía. La evacuación empezó en abril, continuó en mayo, y á últimos de junio había concluído casi enteramente. Al paso que la administración militar juzgaba la operación muy larga, los almirantes se quejaban, por el contrario, de la excesiva carga de los buques (1). Pelissier se había propuesto en un principio preceder á las tropas en su regreso, pero, aconsejado por el mariscal Vaillant, decidió partir el último. El 4 de julio, Kamiesch y el Quersoneso fueron devueltos á las autoridades rusas. Al día siguiente, el comandante en jefe tomó pasaje á bordo del *Roland*. Pocas horas después, Sebastopol había desaparecido á los ojos de nuestros últimos soldados.

VI

Así terminó la guerra de Crimea, expedición modesta en su origen, que se convirtió gradualmente en una inmensa empresa. Raras veces los hombres miden de antemano todo el alcance de sus designios. Cuando el emperador Nicolás aventuraba sus famosas confidencias á sir Seymour, cuando el príncipe Menschikof ostentaba en Constantinopla el insolente aparato de su poder dominador, cuando Francia é Inglaterra enviaban sus flotas al Bósforo y desembarcaban en Gallipoli sus primeros regimientos, nadie, en San Petersburgo, en París, ni en Londres, nadie se hubiese atrevido á prever, á presentir, á imaginar la magnitud de los sacrificios futuros. La ambición del zar consistía en añadir una nueva audacia á las que Europa había tolerado, y recorrer, sin despertar grandes iras, una etapa más en la senda que consagrara el vasallaje de Turquía. Francia é Inglaterra, después de una campaña diplomática irrochable, esperaban que una demostración militar limitada bastaría para coronar los esfuerzos de sus negociadores. Mientras tanto, había estallado la lucha entre rusos y otomanos. Al principio los aliados buscaron á

(1) Véase el Informe del ministro de la Guerra (*Monitor* del 25 de octubre de 1856).

sus enemigos en las márgenes del Danubio. Algo más tarde, no sabiendo adónde ir, se embarcaron para Crimea, sin caballería, sin material de sitio, más bien como aventureros que como soldados de grandes guerras. Las mejores temeridades son las que se prosiguen hasta el fin. A la audacia del desembarque, á la fortuna de una victoria no se unió la temeridad suprema que quizá hubiera conquistado á Sebastopol. Vióse entonces una cosa extraña, inaudita, una ciudad que se fortificaba en presencia del enemigo. Hubo obstinación de una y otra parte. De 40.000 hombres, las tropas francesas fueron aumentadas sucesivamente hasta 60, 80, 100 y 140.000 hombres. Ingleses y rusos reforzaron sus efectivos en la misma proporción. Los turcos, en favor de quienes se combatía, fueron los únicos que permanecieron inmóviles, prestando servicios, contando los golpes, muriendo en gran número, pero sin gloria, y poniendo toda su confianza en el Profeta. ¿Se batallaba realmente por ellos? De los Santos Lugares, del protectorado de las iglesias cristianas, de todas aquellas primitivas causas del conflicto, ¿quién se acordaba ya? Cuando los niños se pelean por un juguete, empiezan por romper el juguete bajo sus plantas, y siguen peleando. Lo mismo hacen los pueblos. La empresa de Crimea conservó hasta el fin su carácter de aventura, pero de aventura que llegó á ser gigantesca y transfigurada por heroicos episodios. Todo aquello duró once meses, hasta que al fin los rusos, extenuados, abandonaron á nuestras tropas, no la ciudad de Sebastopol, sino un montón de ruinas, y de ruinas cuya tranquila posesión turbaba de vez en cuando el cañón del enemigo.

Concluida la paz, se pudo calcular lo que había costado la lucha. Las pérdidas de Francia se elevaban á 95.000 hombres, 20.000 muertos por el enemigo y 75.000 víctimas de las enfermedades (2). Habían sucumbido 20.000 ingleses, de los cuales sólo 4.000 murieron en los combates ó en los asaltos (3). Los sardos sólo habían perdido 28 hombres, muertos en la batalla de Traktir; pero á esta cifra insignificante hay que añadir más de 2.000 defunciones ocurridas en los hospitales, principalmente á consecuencia del cólera (4). Las pérdidas de los turcos, por falta de datos precisos, no pudieron evaluarse, pero se calcula que no bajaron de 30.000 hombres, caídos casi todos en los combates del Danubio ó atacados de enfermedades en los campamentos de Crimea. Por lo que toca á los rusos, la disparidad de los diversos informes no permite precisar la

(2) Doctor Chenu, *Rapport au conseil de santé sur le service médico-chirurgical à l'armée d'Orient*, pág. 579. El informe del ministro de la Guerra al emperador (*Monitor*, 25 de octubre de 1856) sólo hace ascender las pérdidas á 69.220 hombres. Esta diferencia parece depender en gran parte de que el Dr. Chenu incluye en su informe más de 15.000 hombres muertos de resultas de sus heridas ó de enfermedad después de haber sido repatriados.

(3) Declaraciones de lord Panmure, secretario de Estado en el departamento de la Guerra, Cámara de los lores, 8 de mayo de 1856 (*Parliamentary debates, Third series*, tomo CXLII, página 187).

(4) Véanse las declaraciones del general La Marmora en la Cámara de los diputados de Cerdeña, 16 de marzo de 1857 (*Atti del parlamento subalpino*, pág. 1009). Véase también el *Etat du docteur Chenu*, según los documentos proporcionados por el doctor Antonio Comisetti, presidente del consejo de sanidad del ejército italiano (Chenu, *Rapport au conseil de santé*, pág. 614).